

Un aspecto de lo virtual en Paul Valéry

PILAR ANDRADE BOUÉ
U.C.M.

Sobre Paul Valéry se ha escrito mucho. Algunos han hablado de su poética en general, otros han comentado y analizado su reflexión estética, o sus fuentes literarias y filosóficas, o su imaginario, o sus ideas políticas, o su recepción en otros países, incluso recientemente se ha escrito una biografía suya (Peeters, B.: 1989). Sin embargo, hay un aspecto en el que quizá se ha profundizado menos: aquello que hace que el problema de la Modernidad en Valéry trascienda el ámbito de la Poética, de la Sociología, de la *Ideología* e incluso de la Estética pura, para llegar al de la Filosofía de la Naturaleza; en otras palabras, la vinculación de su escritura con el problema cosmológico y científico de nuestro siglo.

No en vano Valéry, gran polifacético abstracto (como el propio Leonardo, que tantos comentarios le inspiró, lo era práctico), unía a la vocación de poeta y ensayista esa otra, quizá incluso más profunda, de matemático y físico. Por eso también fue una de las *mentes* preclaras que comprendió que el cambio estético en el paso del siglo XIX al siglo XX se explicaba por causas que desbordaban los límites puramente artísticos, político-sociales e ideológicos.

Porque Valéry sabía, en primer lugar, que en ese cambio se expresaba evidentemente un agotamiento de las estructuras o cauces literarios del siglo XIX. Ni la novela naturalista, ni la poesía postromántica y parnasiana, entre otras, expresaban las nuevas inquietudes de la época. El hombre

simbolista *s'éveille un certain jour, avec un jugement nouveau, un jugement rigoureux qui condamne ses goûts et ses idées de la veille, qu'il trouve tout à coup puérils* (1957: 695).

Sabía también, sin embargo, que el cambio representaba una continuidad o culmen del proceso romántico, y esto en dos sentidos. Por un lado, dicho proceso era el resultado tanto de la quiebra de la Razón y Naturaleza ilustradas como del *sistema* de trascendencia religiosa. Por otro lado, el cambio de nuestro siglo debía al Romanticismo novedades para las artes como el afloramiento de una nueva sensibilidad, o de una nueva ensoñación del espacio, o de un nuevo medio de acceso a la interioridad, o de un nuevo concepto de la creación estética y del objeto artístico, o la paulatina liquidación del canon único de Belleza, de su mera posibilidad siquiera. Si desde mediados del siglo XIX hay, como dijo Baudelaire, *autant de beautés qu'il y a de manières habituelles de chercher le bonheur*, es decir, que lo Bello, como otros conceptos, se hace historicidad por encima de su esencia intemporal, desde principios de nuestro siglo, además, lo Bello se hace *solamente* historicidad, mera aparición transitoria sin el respaldo de ninguna *quiddidad* interna. La única labor que compete al sujeto es, por tanto (y en teoría), atestiguar el paso fugitivo de lo Bello y, como mucho, describir no su esencia, que no existe, sino su *forma* de aparecer. En la forma se cifra su contenido. La obra de arte *se reconnaît à cette propriété qu'elle tend à se faire reproduire dans sa forme* (1957: 1331). Más aún: ese contenido es simplemente el método. Ha sido un largo camino el que ha llevado de la *mimesis* selectiva, a través de la imitación *ambulante*, al ritmo del tiempo, hasta el canon valeriano y de parte de nuestro siglo: la imitación del engranaje, del mecanismo, de la composición; *C'est l'exécution du poème qui est le poème* (1957: 1350). De la *filosofía de la composición* a la crítica moderna, todo el deseo de bucear en el borrador de la conciencia del autor hunde sus raíces en ese mar de fondo cosmológico que fue la caída de una visión de mundo y de uno de los mitos más sólidos de la cultura occidental: el de la Naturaleza a la que se imita.

Volvamos a las causas del cambio en nuestro siglo, tras este meandro de nuestro camino (en los viajes largos merece la pena pararse en los miradores con buenas vistas). Valéry era consciente de que la prerrevolución artística de 1890 significaba, de algún modo, una reacción contra la burguesía y su positivismo materialista; parte de ese rechazo se expresó, como es sabido, en el anhelo de espiritualidad que inunda la época, en todas sus variantes.

Además nuestro autor conoció las bases teóricas y las consecuencias prácticas de ese dossier de la triple sospecha ontológica, psíquica y económica que abrió nuestro siglo. Sospecha que no sólo llegó hasta el conocimiento de Valéry, sino que desgarró de cuajo lo que fuera su esperanza y la de toda una sociedad hasta la Primera Guerra Mundial. Pocas veces proclamó nuestro autor abiertamente su fe en el progreso guiado por la técnica y la ciencia, pero cuando exclama en esa frase tan sobrecogedora:

Savoir et devoir, vous êtes donc suspects? (1957: 989),

ciertamente no está opinando como un observador ajeno a la cuestión, sino como un ciudadano entre otros, hondamente impresionado. Pues la pregunta de este virtuoso en retórica no es si se sospecha, sino si *efectivamente* se sospecha del papel del conocimiento en Occidente. El conector *donc* introduce con sutileza ese matiz de suprema estupefacción, frente a la neutralidad afectiva que supondría su ausencia.

Sin embargo, y a pesar de que una visión global del calibre de la de Valéry ya supone una genialidad muy específica, lo que distingue a este autor de otros es algo más. Me refiero a la lucidez suplementaria que representó el advertir que en la crisis general de valores y categorías se estaba proyectando igualmente la *crisis de las ciencias occidentales*. Es decir, el advenimiento de una nueva física, una nueva matemática, y en definitiva, un nuevo concepto de ciencia, ahora con minúscula.

Es célebre esa frase de Valéry en que sentencia que las civilizaciones son mortales. Pero en ella se expresa no sólo la idea del fin de todo meta-discurso universal, sino también la del fin de todo paradigma científico, tal y como se empezó a vivir entrado nuestro siglo:

Il y a l'illusion perdue d'une culture européenne et la démonstration de l'impuissance de la connaissance à sauver quoi que ce soit; *il y a la science, atteinte mortellement dans ses ambitions morales, et comme déshonorée par la cruauté de ses applications*; il y a l'idéalisme, difficilement vainqueur, profondément meurtri, responsable de ses rêves; le réalisme déçu, battu, accablé de crimes et de fautes; la convoitise et le renoncement également bafoués; les croyances confondues dans les camps, croix contre croix, croissant contre croissant (1957: 991. La cursiva es mía)

Si a finales del XIX a la ciencia se le achacaba el no haber cumplido con sus promesas de tipo ético sobre todo, después de la Primera Guerra Mundial se le imputa además, como en este párrafo, el haber provocado justo lo contrario de lo que se esperaba de ella. Porque por vez primera se

constata brutalmente lo que desde entonces no deja de preocupar al ciudadano medio del mundo: la perversión de la ciencia y, por supuesto, de su hermana la técnica.

A años luz estaba sin embargo Valéry de suponer, en su primera juventud, que éste sería el desenlace de la oleada admirativa que le envolvió a él, y a toda una sociedad, en la segunda mitad del siglo pasado. Para comprender el tan comentado escepticismo nihilista de nuestro autor hay que retrotraerse a su infancia y su adolescencia. Imaginemos un chaval precoz alimentándose del optimismo positivista de los años setenta y ochenta, y a un adolescente y luego joven asistiendo, confundido, al movimiento intelectual que al menos hasta la segunda década de nuestro siglo intentará *salvar las apariencias*, es decir, seguir manteniendo el sistema de la física clásica frente al nuevo y fulgurante organigrama de la física contemporánea¹. Poco se suele hablar de este resquebrajamiento paulatino de una manera de pensar que gobernó el mundo decimonónico, pero se trata de un dato importante, tanto o más que cualquier dato político para los comienzos de nuestro siglo. La sensibilidad literaria, a diferencia de la pictórica, lo acoge con prontitud, en buena medida a través de Valéry. Ya el grupo de los simbolistas había entrevisto, detrás de otros aspectos, éste que difuminaba la noción clásica de mundo, dejándoles una materia prima muy poco convencional y difícilmente considerable como modelo claro donde buscar motivos de inspiración. No hay que descartar que ésta fuera una de las causas por las que buscaran sus motivos en lo no visible. Porque es un dato que el grupo simbolista aflore, justamente, en los mismos años en que se produce el *experimentum crucis* y los siguientes de Michelson y Morley, que dan al traste con el esquema cósmico maravillosamente atado y basado en la existencia de un fluido imponderable llamado éter. Si se demostraba que ese fluido no existía, todo el esquema caía por su propio peso. Y entre 1881 y 1887 los americanos Michelson y Morley, con asombro y a su pesar, lo demostraron por primera vez al comprobar que la velocidad de la luz no se alteraba por tener que *atravesar* el éter. La historia de las décadas posteriores a 1887 en Francia es la de una comunidad científica bastante asustada ante lo que se le viene encima. La respuesta oficial francesa al

¹ La fecha tope de este periodo viene fijada después de la Segunda Guerra Mundial; no hay que olvidar que a la admiración primera por las teorías de Einstein siguió una oleada de desconfianza y rechazo antisemitas contra este judío genial.

maremoto, en efecto, no es la de prepararse e invertir para adelantarse al futuro²: es la de publicar (1890) *L'avenir de la science*, de Renan, escrito nada menos que en 1849, en pleno despertar positivista, o la de seguir proclamando a los cuatro vientos la adhesión al programa cientifista:

Aussi le prochain siècle ne sera-t-il que l'affirmation du nôtre, dans cet élan démocratique et scientifique qui nous a emportés et qui continue (E. Zola, 1967: 1614).

Al poder político le seguirá interesando fomentar tanto la validez de la ciencia y técnica tradicionales, exponentes de la *grandeur de la France* (no olvidemos que el país sigue humillado por su derrota frente a los alemanes), como su ideología subyacente, fundamento de una estructura social que sanciona el inmovilismo y legitima el poder burgués³.

Por supuesto, no todo el mundo reaccionó del mismo modo. Hubo quien, apoyándose en celebridades como H. Spencer, E. Mach o E. von Hartmann, reaccionó contra el positivismo integrista desde varios frentes: ora atacando la apoyatura metafísica kantiana de la Ciencia y, desde aquí, las teorías deterministas y el causalismo estricto, ora insistiendo en el papel de la hipótesis y de la intuición en el conocimiento científico, ora introduciendo la variable vitalista⁴. Lo que ocurre, sin embargo, es que la mayo-

² Mientras de 1851 a 1900 Francia registró 13 descubrimientos en astrofísica, de 1901 a 1981 no registra ninguno (frente a los 31 de Alemania- en España tampoco hay descubrimientos en este campo). (Cf. Sánchez Ron, 1987: 47).

³ Entre las dos guerras mundiales, por el contrario, se fomentó la moda de la divulgación científica de las nuevas ideas -y su obligada vulgarización- porque resultaba muy útil para volver a dar una imagen de cohesión europea. Algo así como lo que hoy ocurre con el comparatismo.

⁴ Cf. E. Boutroux: *Le principe de la liaison nécessaire des choses, la pierre magnétique dont la vertu se transmet à tous les anneaux, ne peut être que la synthèse causale a priori* (1905, 1ª ed. 1874: 13), síntesis que él encuentra inadmisibles (es la postura de Hume), pues *Les éléments de l'être comportent une indétermination qui empêche de voir dans l'un (le possible) la cause de l'autre (l'actuel)* (18); al no existir un vínculo causal absoluto entre los fenómenos, se impone la doctrina de la contingencia. En E. Meyerson: *Supposer l'existence de phénomènes libres, entièrement soustraits à la domination de la loi et à notre prévision, n'est aucunement attentatoire aux principes de la science* (1907, 1ª ed. 1906: 15), *Nous trouvons donc ici une réelle limite à l'explication causale, en tant au moins que celle-ci s'exerce sous la forme du mécanisme; il est clair que cette limite est infranchissable* (336). En cuanto al valor de la hipótesis e intuición, recordemos que hasta ahora la ciencia seguía el desideratum de Newton, pero cf. H. Poincaré (que da a la hipótesis un sentido muy parecido al futuro

ría de ellos seguían, desde la oposición, suscribiendo sin darse cuenta la validez del sistema cosmológico newtoniano. Todos ellos siguen pensando en términos clásicos (cf. Capek, 1965; Frank, 1965): el mundo está regido por fuerzas que mueven lo lleno, o la materia, en cuyos intersticios se distribuye el éter, y que se despliega en un espacio y tiempo absolutos. Aunque admitan que la estructura-marco debe ampliarse y moldearse desde fuera, no creen que los nuevos descubrimientos puedan hacerla estallar. De ahí que se admita una corrección, pero no el abatimiento ni el desprecio de ese fénix de la Ciencia clásica:

L'époque de l'engouement scientifique ayant passé, quelques-uns l'ont remplacé par un dédain des choses de la science qui est pour le moins aussi déplaisant (Doumic, 1894).

Como dije antes, la reacción de Valéry sintoniza con la de su época. O mejor, teniendo en cuenta lo dilatado de la biografía valeriana, convendría afirmar que la reacción del autor sintoniza con las reacciones sucesivas que vivió su época. Por eso entre sus escritos pueden leerse, en primer lugar, frases que quieren secundar y enderezar el maltrecho equilibrio de la ciencia decimonónica:

paradigma de Kuhn): Les hypothèses de ce rang n'ont donc qu'un sens métaphorique. Le savant ne doit pas plus se les interdire, que le poète ne s'en interdise les métaphores; mais il doit savoir ce qu'elles valent. Elles peuvent être utiles pour donner une satisfaction à l'esprit, et elles ne seront pas nuisibles pourvu qu'elles ne soient que des hypothèses indifférentes. (1968, 1ª ed. 1902: 176); o P.Duhem: *La méthode inductive, dont on recommande l'usage au physicien, lui est aussi impraticable que l'est, au mathématicien, cette méthode déductive parfaite, qui consisterait à tout définir et à tout démontrer* (1989, 1ª ed. 1906: 306), y el propio Meyerson: *De plus, exposés sans hypothèses, les résultats expérimentaux nous apparaissent comme quelque chose de définitif, d'achevé, sans que nous apercevions la voie qui y a mené, ni celle qui pourra nous conduire plus loin; (...) l'expérience seule, sans le secours de l'hypothèse, ne saurait y mener bien loin* (1907: 468). Cf. también L. Brunschwig, *L'expérience humaine et la causalité physique* (París: PUF, 1949, 1ª ed. París: F. Alcan, 1922), libro XVI: "La crise des théories physiques à la fin du XIX^e siècle". En lo referente a la variable vitalista, cf. por supuesto H. Bergson, que limita la aplicación de las teorías mecanicistas y del determinismo a las ciencias de lo inorgánico; cf. p.e.: *Qu'arrivera-t-il donc si elle [la philosophie] abandonne à la science positive toute seule les faits biologiques et les faits psychologiques, comme elle lui a laissé, à bon droit, les faits physiques? A priori elle acceptera une conception mécanistique de la nature entière, conception irréfléchie et même inconsciente, issue du besoin matériel* (1959: 662), y cf. M. Blondel y su deseo de construir una ciencia de la práctica que prolongue las ciencias positivistas y las enriquezca con las decisiones de la voluntad, que decide libremente actuar (1950, 1ª ed. 1893).

En ce moment-là, régnait une sorte de désenchantement des théories philosophiques, un dédain des promesses de la science, qui avaient été fort mal interprétées par nos prédécesseurs et aînés (1957: 1381).

Se ha comentado extensamente que uno de los dos libros de cabecera de Valéry desde muy joven fue *À rebours*, de Huysmans, en que nuestro autor encontró la reivindicación de una sensibilidad y elitismo decadentes, opuestos a la mentalidad positivista. Pero curiosamente el otro libro de cabecera no es ninguno de Bergson, ni de Blondel, ni de Nietzsche, sino *Science et hypothèse*, de Henri Poincaré (1957: 29) -de hecho, uno de los apodos de Valéry, además del de *Monsieur Ange*, es el de *Poincaré artistique* con que le interpelaba León Brunschwig. Pues bien, en esa obra, y otras del mismo autor que le acompañaron siempre, se quiere conciliar precisamente la existencia del éter con las teorías electromagnéticas que comenzaban a ponerla en duda. También se quiere mantener la confianza en la ciencia, entendida como estudio sólo de las relaciones entre fenómenos, desde luego, pero como estudio que nos llevará paulatinamente al conocimiento de la verdad y de la realidad: si existe error, será por defecto del observador, por equivocación del científico, y no porque no haya una realidad en sí independiente del sujeto -de forma que en definitiva, se argüirá que la contingencia es un síntoma de ignorancia humana.⁵

⁵ Cf. para discusión sobre el éter en *Science et hypothèse* el capítulo X, p.e.: *Avec Lorentz, nous ne savions pas quels sont les mouvements de l'éther; (...) avec Larmor, nous connaissons les mouvements de l'éther et nous pouvons constater que la compensation ne se fait pas* (1968: 185); sin embargo la existencia del éter es una convención: *C'est pour échapper à cette dérogation des lois générales de la mécanique que nous avons inventé l'éther* (181). Para el realismo científico, cf. p.e.: *...on s'est demandé si toutes ses constructions étaient bien solides et on a cru qu'un souffle allait les abattre. Être sceptique de cette façon, c'est encore être superficiel. Douter de tout ou tout croire, ce sont deux solutions également commodes, qui l'une et l'autre nous dispensent de réfléchir* (24), *Et qu'on ne dise pas que nous réduisons ainsi les théories physiques au rôle de simples recettes pratiques; ces équations expriment des rapports et, si les équations restent vraies, c'est que les rapports conservent leur réalité. (...) Les rapports véritables entre ces objets sont la seule réalité que nous puissions atteindre* (174), *Sans doute, au premier abord, les théories nous semblent fragiles, et l'histoire de la science nous prouve qu'elles sont éphémères: elles ne meurent pas tout entières pour autant, et de chacune d'elles il reste quelque chose. C'est ce quelque chose qu'il faut chercher à démêler, parce que c'est là, et là seulement, qu'est la véritable réalité* (26). Cf. igualmente *La valeur de la science* (s.f.) de Poincaré, otra de las obras de cabecera para Valéry, todo el cap. XI. También en G. Cantor pudo encontrar Valéry este retroceso cauteloso a las relaciones entre conjuntos, que substituyen el estudio de cada objeto individual del mismo. Y cf. P. Laurette (1867: 97-101).

Por todo esto, a pesar de su adhesión al Simbolismo, y aunque se apartase del cientificismo, Valéry seguirá admirando la veta conservadora de Maxwell, de Kelvin, de Helmholtz, hasta que lea los primeros escritos de Einstein. Es esa veta que sigue retrasando el advenimiento del nuevo universo la que late en afirmaciones como la de que *un atome de certitude objective détruit un monde de certitude subjective* (1974: 837), o la que alaba *Le progrès de la Science positive, c'est-à-dire de la confiance dans la vérification matérielle et dans les coïncidences numériques* (ibid). Expresiones como éstas podrían atribuirse sin problemas al mismísimo Zola. Observaremos claramente la ambigüedad de Valéry, como la de toda una época, respecto del discurso científico, en la frase siguiente:

On appelle Science l'ensemble des recettes qui réussissent toujours, et tout le reste est littérature (1974: 857).

Aunque Valéry esté hablando de *meras recetas* (y no respuestas últimas, definitivas) aplicables según el objeto y la circunstancia, también dice que *siempre* funcionan. Pero la constatación de la ciencia contemporánea será precisamente que el plato se le quema algunas veces -las suficientes como para que haya que pensar en recetas con ingredientes *variables*.

Para un alumno del *espíritu científico* o del *método científico* como lo fue Valéry, las teorías de la relatividad y de los quanta iban a barrer creencias que parecían aún más sólidas porque ya habían soportado una crítica y una depuración contundentes. Éste sería el segundo estadio de la *adaptación al medio* de Valéry, de su sintonía con la época. Como una bomba de relojería, las ideas de Einstein dan al traste con una imagen del mundo que había estado sosteniendo toda una metafísica, y también, a grandes rasgos, toda una estética. Acaba una idea de substancia material y de materia, en general:

La matière a changé de visage. L'expérience a fait concevoir le contraire de ce que la pure observation faisait voir. Toute la physique moderne (...) nous a persuadés que notre antique définition n'avait aucune valeur absolue, ni spéculative. (1957: 859)

La materia del siglo XX no es rígida, como tampoco lo son ni el espacio ni el tiempo, se hincha y se deshinch, le salen *arrugas*, tiene un *aspecto* tetradimensional, finito e ilimitado, es desordenada y bastante impredecible. Concíbese ahora una imagen de la Naturaleza acorde con estos datos. No se trata sólo de que la ciencia no nos dé informaciones últimas, sino de que lo que nos parecía evidente porque lo observábamos con *nuestros pro-*

píos ojos no resulta en absoluto evidente⁶; *voir n'a plus de sens* (1957: 896). El *ser* que imitábamos es ahora parecer, y el *parecer* que rechazábamos no es prácticamente nada. Dígasenos ahora qué imitaremos, cuál será la Naturaleza *verdadera* ante la cual colocaremos el caballete.

Algo así debían sentir artistas como Valéry. La respuesta de él es exactamente la de su siglo: deshumanizar el arte y volver a la forma. Pero, insisto, el arte se hace autorreflexivo no (o no sólo) porque ya ha crecido y está maduro para ello. Esto sólo es una condición de viabilidad para su independencia. También hace falta que desde fuera los *inputs* que reciba sean tan decepcionantes, tan contradictorios o tan incomprensibles que le causen una total perplejidad. Entonces y sólo entonces se volverá hacia sí y tomará conciencia de la importancia absoluta y monopolizante de su propia interioridad. Notemos, por otra parte, que esta respuesta es la misma que la de la ciencia en esos momentos y en las décadas posteriores: en vez de mirar a su objeto, se contempla en el espejo y se pone a reflexionar sobre su legitimidad y capacitación para dar cuenta del mundo.

Si continuamos retrocediendo por este camino, dejaremos atrás la forma y el método, y llegaremos por fin al punto ciego de nuestro camino, que es el mundo de lo virtual, la forma no concretada aún, la pura posibilidad. Y precisamente hacia esta posición defensiva de retrotraerse a lo virtual convergieron todas las reflexiones de Valéry. Pero no se trata sólo de que Valéry aplicara criterios científicos a la estética, o a la inversa (Cf. Robinson, 1963; Celeyrette-Pietri, 1979), sino que la estética y la ciencia y técnica están imbricadas porque participan de la misma modalidad del ser, la posibilidad. El paisaje del poeta es tan voluble y proteiforme como el del científico porque tanto en uno como en el otro reina *quod non est et esse potest*,

il n'y manque ni les nébuleuses verbales à résoudre, ni les infinis et les perspectives que nous peint un espace, qui est, peut-être, un *espace courbe* (1957: 798).

Resultaba, además, que precisamente esas teorías electromagnéticas a las que nos hemos referido antes proponían un modelo de naturaleza que venía como anillo al dedo en este momento. Se trataba de un modelo no

⁶ Compárese este sentimiento con el del siglo XVIII, tras el perfeccionamiento del telescopio y el invento del microscopio, que desvelaban aspectos desconocidos hasta entonces en las *evidencias*. Quizá por eso, además de por ser una época *moderna*, ese siglo era el favorito de Valéry.

mecánico ni cinético-corpúscular, que explicaba mediante una *energía potencial* algo de lo que hasta entonces no podía darse razón, la acción a distancia -como la que hace moverse la aguja de una brújula. Se suponía que la energía, entre su emisión y su absorción, adquiriría una forma nueva irreductible al movimiento, con lo que el postulado básico de la homogeneidad de causa y efecto y el principio de conservación del movimiento quedaban desmentidos. Podemos hacernos una idea de la importancia de esta teoría para la estética si recordamos que recogía perfectamente los hilos conductores de los misticismos swedemborgianos (cuyos acólitos defendían y exaltaban el fundamento científico de los mismos) y toda esa boga finisecular de las *misteriosas* corrientes eléctricas y los *inexplicables* magnetismos entre seres vivientes. Y, por qué no, en última instancia puede relacionarse con los vitalismos que hacen irrupción en el seno del materialismo mecanicista. Se trata de una cuestión de tan amplias resonancias que bien pudiera tener razón Meyerson cuando afirma que

C'est que, ici comme partout, le concept de puissance [énergie potentielle] n'est que le remplaçant, le bouche-trou de celui d'identité et qu'il aspire à retourner vers ce dernier, à se confondre avec lui (1927: 327).

Veamos ahora una frase de Valéry en la que se describe con detalle la marcha atrás hasta lo virtual:

Mais plus il [l'homme] s'avance dans ses recherches, et même, plus il augmente ses pouvoirs enregistreurs, plus il s'éloigne de ce qu'on pourrait nommer l'*optimum* de la connaissance. Le déterminisme se perd dans des systèmes inextricables à milliards de variables, où l'oeil de l'esprit ne peut plus suivre les lois et s'arrêter sur quelque chose qui se conserve. Quand la discontinuité devient la règle, l'imagination qui jadis s'employait à achever la vérité que les perceptions avaient fait soupçonner, et les raisonnements tissés, se doit déclarer impuissante. Quand les objets de nos jugements sont des *moyennes*, c'est que nous renonçons à considérer les événements eux-mêmes. Notre savoir tend vers le pouvoir, et s'écarte d'une contemplation coordonnée des choses. - (1957: 860).

Muchos aspectos se dan cita en estas líneas, pues también aquí *todo conspira*: el final de la Certeza como ideal al que se tiende (el *optimum*), la disolución del determinismo, la negación de la continuidad de la materia, la impotencia de la razón (ya no puede deducirse *a priori* por lógica el conocimiento del mundo real, porque la estructura de la mente ha dejado de coincidir con la del mundo: y esto porque cambia la ciencia), y en fin, a resultas de todo ello, la substitución de la capacidad de conocer por la

capacidad de hacer. Capacidad esta última instalada en un caos desordenado, a la que por el momento se resigna Valéry. Menos da una piedra.

Insistiré, además, en que ese caos es el de las posibilidades. La infinitud de las *milliards de variables* se manifiesta como un proceloso mar en el que el sujeto bracea y bracea hasta el cansancio e, incluso, hasta la angustia. Se trata de los primeros pasos -o las primeras brazadas- hacia lo que será el absurdo existencial precisamente por verse arrojado en un infinito de virtualidades:

...il y a toujours, comme une pointe persistante, quelque décimale non satisfaite qui nous rappelle à l'inquiétude et au sentiment de l'inépuisable (ibid.).

Puede decirse que ahora la complicación es la cantidad en sí -la cantidad de mentes y de entes-, y más concretamente la cantidad relativa a todo, siempre escurridiza ante la red del intelecto; hay demasiados seres y se mueven también demasiado:

[le problème] consiste simplement dans la possibilité des autres intelligences, dans la pluralité du singulier, dans la coexistence contradictoire de durées indépendantes entre elles (...) problème comparable au problème physique de la *relativité*, mais incomparablement plus difficile (1957: 1229).

Los ciudadanos del XX se emanciparon con alegría del determinismo decimonónico (físico y moral), pero habían de enfrentarse, como ya sospechaban, a algo más tenebroso. Hasta entonces una ecuación diferencial daba razón de las cosas y de los actos, transmitiendo una lenitiva sensación de seguridad; ahora el concepto de azar y de indeterminación parecía devolverles la libertad, pero era sólo en apariencia. Pronto se percataron de que bajo la indeterminación se removía el más poderoso desamparo que hasta ahora había sacudido al mundo occidental, mayor aún porque se sobreañadía a la pérdida de Dios. Este es, en realidad, el gran tema de finales del siglo pasado en toda Europa, el que congrega a los sabios en el Congreso Internacional de Filosofía de 1900 (*La science positive et la liberté*). Todos los intelectuales que se enfrentan a las transformaciones científicas de entonces lo hacen desde la reflexión primera de estar reconquistando para el ser humano la libertad arrebatada por el positivismo. El propio Bergson de donde parte es del postulado del libre albedrío, que quiere demostrar introduciendo la duración psicológica, no mensurable en términos cuantitativos (cf. *Essai sur les données immédiates de la conscience*, 1888). Muchos, en definitiva, hubieran exclamado como Boutroux:

Le triomphe complet du bien et du beau ferait disparaître les lois de la nature proprement dites et les remplacerait par le libre essor des volontés vers la perfection, par la libre hiérarchie des âmes. (1905: 170)

Pero algunos le habían visto las orejas al lobo. Entre otros Valéry, el escéptico Valéry, que nunca habría ratificado el entusiasmo de la frase anterior. Podemos conjeturar que en la célebre noche valeriana, en una habitación où *Auguste Comte a passé ses premières années* (1960: 11), lo que le ocurrió a Valéry entre suspiros amorosos y renunciadas intelectualistas, es que se le quebró la lucidez como un cristal y se le hizo la oscuridad sobre el gran sueño europeo de la libertad -recordemos que *Ratio* y Ciencia van unidas en ese fin de siglo. El cogito cartesiano, que estaba basado en el control de todas las variables intelectuales y la libre opción voluntaria entre ellas, se le revienta entonces⁷, y con él se hunde también la *capacidad de decidirse por una y no por otra*, es decir, el único resquicio de libre albedrío que quedaba para el hombre. Esto es exactamente lo que expresa Valéry en su *Leonardo*: que la fragilidad del mundo que se le aparece a quien llega hasta el final en su descenso a los infiernos

ne se rapporte pas à l'alternative de l'être et du non-être, ce serait trop simple! (...) L'étonnement, ce n'est pas que les choses soient; c'est qu'elles soient *telles*, et non telles autres. (1957: 1221)

La vieja pregunta del millón leibniziana reflota de nuevo, pero esta vez no habrá principio de razón suficiente que le dé respuesta⁸. Aquí es donde se acaba la lucidez del hombre y donde comienza su agonía... *O quel point de transformation de l'orgueil!* (1957: 1229). Ha quedado desmentido el

⁷ Monsieur Teste *n'est point d'autre que le démon même de la possibilité. Le souci de l'ensemble de ce qu'il peut le domine*, y se esfuerza vanamente en fingir un sistema en el que *l'infini ne figure point* (1960: 14).

⁸ Recordemos que la doble pregunta de por qué el ser y no la nada, y por qué las cosas deben existir así y no de otro modo, se contesta aludiendo al principio de razón suficiente, la existencia de Dios. De aquí deduce Leibniz la Providencia (la armonía preestablecida entre el sistema de causas eficientes y finales) y el que Dios haya elegido el *meilleur plan possible* de mundo, de entre *tous les possibles prétendant à l'existence dans l'entendement de Dieu* (1972: 394). Si no fuera así *no podría darse razón de la existencia de las cosas*, que es precisamente lo que ni Valéry ni la mayoría de sus contemporáneos pueden hacer.

gran *sueño coherente* de la Modernidad⁹, y cuando el hombre occidental se vuelva hacia sí mismo, lo que verá será su pavorosa incapacidad de actualizar una potencia y no otra, y exclamará desalentado, como Valéry:

Nous nous épuisons dans notre liberté (1957: 866)

Al hombre del XX todo le parecerá tan semejante, todo le valdrá tan lo mismo, todas las opciones vitales le serán tan igualmente válidas o tan indiferentes, que perderá su virtud natural de escoger, y se verá en la mayor de las impotencias, acosado por *la suprême pauvreté de la puissance sans objet* (1957: 1223).

Pero fijémonos también en que si la solución inmediata consiste en retranquearse en la virtualidad pura, lo que estamos haciendo es negar el acto. Nos encontraríamos sumergidos en la dialéctica típicamente valeriana de la indefinición:

...toutes ces fictions se rapportent nécessairement à *ce qui n'est pas*, et s'opposent non moins nécessairement à *ce qui est* (...). C'est que la puissance sur vous de *ce qui est*, produit la puissance en vous de *ce qui n'est pas*; et celle-ci se change en sensation d'impuissance au contact de *ce qui est*. Alors, nous nous révoltons contre le fait (1957: 1387).

Si Valéry rechaza, paradójicamente, el acto, es porque sanciona, porque zanja, porque proyecta fuera de la disponibilidad pura, una de las obsesiones de este siglo. El individuo de nuestros días tiene como ideal la apertura absoluta, para *no perderse nada*. Es un curioso coleccionista al que frustraría completar su colección. Y su forma literaria favorita no es el poema en prosa, sino la *obra abierta*. Valéry comprendió muy bien que la solución discursiva que mejor se adaptaba a este ideal era la variación, la

⁹ Cf. E. Husserl, 1986: 24. Husserl desarrolla su crítica a la Modernidad también desde la epojé cartesiana, como es sabido, y el recorrido trazado en las *Meditaciones cartesianas* vale también para la experiencia de Valéry. Así, el intento cartesiano de una fundamentación radical de las ciencias por la evidencia de la experiencia del mundo (intento en el que se apoya la ciencia decimonónica), deducida de la experiencia del *ego cogito*, no es válido, porque tal evidencia no es *apodíctica*; entonces *el ser del mundo, fundado en la evidencia de la experiencia natural, ya o puede ser para nosotros un hecho comprensible de suyo, sino tan sólo un fenómeno de validez* (p. 25).

variante (en prosa -los *Cahiers*- o en poesía¹⁰), y que el símil perfecto para explicarla era la danzarina (o la bailaora: Mme. Argentina), siempre moviente y tan rápida que no podemos describir sus movimientos, la danzarina que nos mantiene en el límite de la expectación indefinidamente. La Estética misma, por su parte, no consiste sino en una *convention choisie entre autres également possibles* (1957: 1306), y el juicio estético se empequeñece y se relativiza. Ya no es el Gusto de buen tono, casi no es ni juicio siquiera: él también ha perdido la mayúscula y se ha hecho opinión, un *gusto* pigmeo.

Un gusto, sin embargo, hecho a medida para el arte que contempla, dado que éste ha perdido su valor ontológico. Pues al retrotraer la literatura a lo virtual y al hacerle tomar conciencia de sí misma, Valéry le está dando plenos poderes en el ámbito de lo bello, sin duda, pero se los está quitando también sin querer de lo gnoseológico, porque hace de él algo a-referencial, y no se puede explorar la realidad sin referirse a ella. Exactamente a imagen de lo que ocurre en la ciencia (E. Cassirer, 1948: 105 ss.). Y de tanto contemplarse ante el espejo, el lenguaje termina por no verse más que a sí mismo. De tanto querer ser una independiente finalidad sin fin, resulta que acaba siéndolo de verdad¹¹; acaba siendo mero *ornamento*. De ahí que para Valéry el discurso perfecto, puro, sea el que más se aproxime a la música, pero no porque le arrebatase su poder evocador, sino porque operaría con

les valeurs de chaque puissance de notre sensibilité détachée de toute référence et de toute perfection de signe (1957: 1472).

¹⁰ La novela le desagrada porque impide *s'exercer et se divertir à lui modifier son texte, à faire intervenir l'infini des possibilités se substitutions* (1957: 1814). Hoy ya abundan las novelas que ponen en juego simultáneamente todos los posibles narrativos, desde *Rayuela* hasta los *Dungeons and dragons*, cumpliendo ese ideal de *faire une fois une oeuvre qui monterait à chacun de ses noeuds, la diversité qui s'y peut présenter à l'esprit, et parmi laquelle il choisit la suite unique qui sera donnée dans le texte. Ce serait là substituer à l'illusion d'une détermination unique et imitatrice du réel, celle du possible-à-chaque-instant, qui me semble plus véritable* (1957: 1467).

¹¹ Cf. para la relación entre la estética kantiana y el autotelismo: *Ces discours si différents des discours ordinaires que sont les vers, qui sont bizarrement ordonnés, qui ne répondent à aucun besoin, si ce n'est au besoin qu'ils doivent créer eux-mêmes (...) En somme, c'est un langage dans un langage* (1957: 1324).

El arte y el pensamiento han seguido los pasos de la ciencia, arrinconándose en una *realidad virtual*, pero luego ya no han sabido salir de ahí. Ahora abandonan la verdadera realidad a la ciencia, que es la que domina y actúa e impone sus *modos de empleo*. El divorcio entre el intelecto creativo y la praxis está consumado: *Si la science s'achève et doit s'achever en formules d'actes, la création de la science [creación intelectual] est oeuvre d'art* (1948: 56). Queda el consuelo de que, como obra de arte, esa creación de la conciencia realice la única alianza concebible entre lo necesario y lo contingente, el más alto grado de compromiso *que la nature humaine puisse obtenir de son arbitraire, comme en réponse à la variété même et à l'indétermination de tout le possible qui est en nous* (1957: 1314). Pero este es otro asunto que ya no voy a tratar aquí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * BERGSON, H. (1959): *Oeuvres*. París: PUF.
- * BLONDEL, M. (1893)(1950): *L'action*. París: PUF.
- * BOUTROUX, E. (1874)(1095): *De la contingence des lois de la nature*. París: PUF.
- * CAPEK, M. (1965): *El impacto filosófico de la física contemporánea*, Madrid: Tecnos.
- * CASSIRER, E. (1948): *El problema del conocimiento*. Méjico: F.C.E., vol IV.
- * CELEYRETTE-PIETRI, N. (1979): *Valéry et le Moi*. París: Klincksieck.
- * DOUMIC, R. (1894): "Littérature et dégénérescence", en *Revue des Deux Mondes*, 15 enero 1894).
- * DUHEM, P. (1906)(1989): *La théorie physique. Son objet-sa structure*. París: J.Vrin.
- * FRANK, P. (1965): *Filosofía de la Ciencia. El eslabón entre ciencia y filosofía*. Méjico: Herrero.

- * HUSSERL, E. (1986): *Meditaciones cartesianas*. Madrid: Tecnos.
- * LAURETTE, P. (1867): *Le thème de l'arbre chez Paul Valéry*. Paris: Klincksieck.
- * LEIBNIZ (1972): "Principes de la Nature et de la grâce", en *Oeuvres*. Paris: Aubier Montaigne.
- * MEYERSON, E. (1907): *Identité et réalité*. Paris: Alcan.
- * MEYERSON, E. (1921)(1927): *De l'explication dans les sciences*. Paris: Payot.
- * PEETERS, B. (1989): *Paul Valéry, une vie d'écrivain?* Paris: Les Impressions nouvelles.
- * POINCARÉ, E. (1902)(1968): *La science et l'hypothèse*. Paris: Flammarion.
- * POINCARÉ, E. (1905)(s.f.): *La valeur de la science*. Paris: Flammarion.
- * ROBINSON, J. (1963): *L'Analyse de l'esprit dans les Cahiers de Valéry*. Paris: J. Corti.
- * SÁNCHEZ RON, J.M. (1987): *La ciencia europea del siglo XX*. Pamplona: Salvat.
- * VALÉRY, P. (1948): *Vues*. Paris: La Table Ronde.
- * VALÉRY, P. (1957, 1960): *Oeuvres*, vols. I-II, ed. de J. Hytier. Paris: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade.
- * VALÉRY, P. (1973, 1974): *Cahiers*, vols. I-II, ed. de J. Robinson. Paris: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade.
- * ZOLA, E. (1967): *Les Rougon-Macquart*, vol. IV, ed. de A. Lanoux. Paris: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade.